

15 céntimos el número



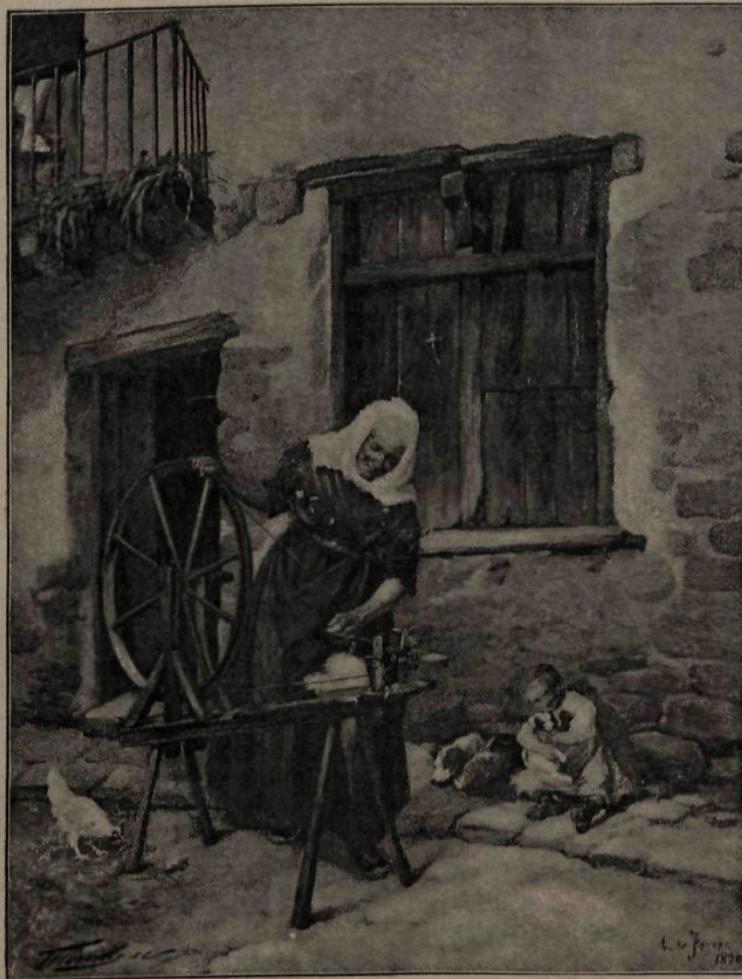
SEMANARIO ILUSTRADO

Año I.

Barcelona 17 Septiembre de 1892

Núm. 16

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^á, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



LA HILANDERA «LA FILADORA».—CUADRO DE ANTONIO DE FERRER Y CORRIOL

SUMARIO

Texto. — Crónica, por B.— El ciego, por HUGO LE ROUX.— La perra de Julianita (poesía), por FRAY GERUNDIO.— Una señorita china graduada, novela traducida del chino al inglés por el profesor DOUGLAS (continuación), traducción de J. COROLEU.— Nuestros grabados.— Mesa revuelta.— Recreos instructivos, por JULIÁN.— Advertencias.

Grabados. — La hilandera «La filadora», cuadro de ANTONIO FERRER Y CORRIOL.— ¡Bonitos frutos! cuadro de G. BELLEI.— En el pinar, cuadro de M. NONNENBRUCH.— Junto al polvorín, cuento vivo, por APELES MESTRES.

Crónica

DECÍAMOS en una de las pasadas *Crónicas* que mister Gladstone no había caído en lecho de rosas al subir al poder como presidente del nuevo ministerio liberal. Aunque en estos meses la vida política de aquel país está de vacaciones, como en casi todos los Estados del mundo civilizado, ya se le ha aparecido algún nubarrón, precursor de las tormentas que se desencadenarán más tarde. Este nubarrón viene representado por Mr. Labouchere, radical, propietario del semanario *The Truth*, uno de esos periódicos que viven hoy en Europa del escándalo, que no respetan á nadie, que penetran en el sagrado del hogar, y sobre todo, que no tienen escrúpulo en herir á un hombre, calumniándolo. Mr. Labouchere, de quien también se han admitido escritos en el *Daily News* porque el mal ejemplo cunde de un modo espantoso, desde las columnas de *The Truth* hizo durante el ministerio Salisbury una campaña demoledora, cuyos tiros alguna vez llegaron hasta la misma persona de la Reina, y de los cuales fueron blanco con frecuencia individuos de la real familia.

Al constituir Mr. Gladstone el nuevo ministerio se dijo que no había incluido en él á Mr. Labouchere por haber manifestado la reina Victoria sentimientos hostiles hacia el citado personaje. Aprovechó éste la coyuntura para hablar en su semanario de la soberana de la Gran Bretaña en tono despectivo, pavoneando él su vanidad y su soberbia; mas hete ahí que Mr. Gladstone derriba el castillo de naipes que Mr. Labouchere había alzado, afirmando en carta que ha visto la luz pública, no ser cierto que hubiese hablado nunca de él á S. M. B., puesto que jamás pensó en incluirle en el ministerio. Sobre quién está en lo cierto discuten ahora los diarios ingleses. No por tener la oposición de Mr. Labouchere el carácter desplorable que hemos indicado, dejará de ser perjudicial al nuevo gabinete, tanto más cuanto que aquel periodista y hombre político había mostrado antes sus simpatías por la conducta y los proyectos políticos de los liberales y radicales entronizados en el poder actualmente. Por la parte de Irlanda notanse también síntomas de borrasca, que se acentuarán, sin duda, tan pronto como se advierta con claridad que el octogenario primer ministro va aplazando el asunto del *Home rule*. De momento puede ser origen de gran desasosiego la petición, que cuenta ya con muchos partidarios, de que sean reintegrados en sus tierras los terratenientes ó colonos irlandeses que fueron expulsados de ellas por no haber satisfecho las pensiones que debían, cediendo á las sugerencias de la Liga Agraria.

* * *

En Francia el proceso contra el marqués de Morés, que mató en desafío al capitán Mayer, ha despertado nuevamente la cuestión antisemita y ha puesto de relieve cuán ofuscadas se hallan en aquel país las inteligencias en el asunto del duelo. Condena el desafío la Iglesia y lo condenan también los Códigos civiles de todas las naciones, si bien distinguiendo éstos la diferencia que media entre un homicidio ordinario, y más todavía entre un asesinato, y una muerte en duelo. Estas disposiciones, vigentes en todos los países á que aludimos, son causa de que la ley se escarnezca repetidamente, ya que los tribunales, y sobre todo los jurados, al fallar sobre esta clase de delitos absuelven á los delincuentes. Así ha ocurrido también ahora con el marqués de Morés, después de debates en que se han desencadenado otra vez las pasiones contrarias á los judíos, convirtiéndose, en ciertos momentos, la sala de audiencia en un verdadero campo de Agramante. Morés y sus testigos han sido absueltos libremente, sin que se les haya impuesto la menor corrección, y la censurable costumbre del duelo se mantendrá en Francia, amparada, puede decirse, por la ley, ya que allí, como en todas partes, los fallos de los tribunales de justicia contribuyen á formar jurisprudencia en las materias sobre que recaen. La opinión pública ha aplaudido en general el fallo absolutorio del jurado.

* * *

Al Congreso de la Paz que se celebra en Berna acudieron unos cuantos estudiantes rumanos, quienes han sabido hacerse simpáticos por su patriotismo, su templanza y su elocuencia. Al llamar la atención del Congreso sobre la triste situación de su país, recordaron que éste fué agregado á Hungría, cuyo yugo hoy está sufriendo. El reino de Hungría cuenta con 17.000,000 de almas, y si bien los magiares no pasan de 6.500,000, se imponen á las demás razas con un despotismo que nunca empleó Austria contra Hungría. Los croatas elevan las mismas quejas contra los magiares, pero son tan poco oídos como las demás víctimas. El Parlamento húngaro se compone de 417 diputados, y los magiares maniobran de tal manera en las elecciones, que no se sienta en la Cámara ningún representante perteneciente á las razas eslava, rutena, servia ni rumana. Tratándose de regionalistas tan celosos de su autonomía como los magiares, el ejemplo merece ser meditado.

* * *

El telégrafo nos ha traído la noticia del fallecimiento del generalísimo Deodoro de Fonseca, presidente que ha sido de los Estados Unidos del Brasil, y uno de los autores, acaso el principal, ó por lo menos el que sacó más la cara, de la revolución que arrojó del trono de aquel imperio al anciano monarca don Pedro. Desde aquella fecha, como no ignoran nuestros lectores, el Brasil no ha tenido reposo. Las asonadas y los levantamientos se han sucedido uno tras otro; las calles de Río Janeiro se han visto convertidas frecuentemente en verdaderos campamentos; algunos Estados se han sublevado contra el mal gobierno de los ministerios que se han ido sucediendo en el poder; la Deuda de la nación ha aumentado en cantidades fabulosas; se han dictado las disposiciones más desplorables para favorecer determinadas empresas, con daño del Tesoro público, de donde se han originado fortunas improvisadas, lo cual ha producido vivísimo escán-

dalo, y así por el estilo puede asegurarse que no se encuentra página buena en los anales de los Estados Unidos del Brasil desde la caída del imperio. El generalísimo Fonseca fué víctima él mismo de los manejos políticos, y tras de haber protegido, sin escrupulo alguno, á sus hechuras, hubo de dejar la presidencia, de que se encargó el vicepresidente Floriano Peixoto, separándose de la vida activa de la política. Su persona, no obstante, servía de bandera para conspirar, á lo que habrá puesto término su muerte. Así, pues, ni siquiera por algunas horas habrá podido disfrutar de la traición que hizo al emperador, á quien debía repetidos favores, y á quien estaba obligado á guardar fidelidad inquebrantable por su calidad de general del ejército brasileño.

* * *

La desdichada América del Sur sigue en otros Estados entregada también al despotismo, á la anarquía y á la revolución. En Venezuela continúa encarnizada la guerra civil, y á la fecha de las últimas noticias publicadas por el *New York Herald*, se sabía que el general Urdaneta, jefe del ejército del gobierno, se había proclamado dictador, disolviendo el Congreso y poniendo presos á varios senadores. Arestaba sus fuerzas para librar á las fuerzas insurrectas una batalla que sin duda alguna será sangrienta.

En Honduras, según parece, la insurrección va de vencida. Despachos telegráficos recibidos en Nueva Orleans han confirmado las noticias, que se tenían ya, de la ocupación del puerto de la Ceiba por las fuerzas del gobierno al mando del general don Ponciano Leiva. Con hartas dificultades lograron escapar los generales revolucionarios Bonilla, Ayes y Canelas. En virtud de sentencia de un consejo de guerra el 1.^º de Agosto fueron fusilados los jefes de la insurrección, el doctor Francisco Peralta, cubano, Edwards, Alvarado y doctor Carcamo, que fueron hechos prisioneros en el ataque de la Ceiba. Entristece profundamente el ánimo la narración de cuanto ocurre en diversas naciones de la América meridional, debido á la insensata propaganda que están haciendo de continuo los aventureros políticos y los escritores utopistas, y á los gobiernos también que consienten toda clase de desafueros y de excesos con tal de sostenerse en el poder.

B.

El ciego

Nun solo día dejaba de sentarse al pie de la escalera Boisgerard, en una silla de paja, con el respaldo roto, que llevaba colgada del brazo.

Veíale venir por aquella calle, especie de carretera de provincia sin tiendas, que, llena de carrozuelas, serpenteara entre paredes de guijarros. Como podía andar unos cuatrocientos metros sin cambiar de acera ni atravesar ninguna de las callejuelas transversales, recorría esta distancia con gran velocidad, sin abandonar, no obstante, la pared y moviendo acompasadamente el bastón que llevaba.

Al llegar á la escalera parábase de improviso, colocaba la silla con mucho cuidado en el suelo y se sentaba. Buenos zuecos llenos de paja resguardaban sus pies de la intemperie; la mano con que sostenía el platillo la llevaba cubierta con un guante colorado de punto con un solo dedo, el cual daba al antebrazo el aspecto de un buche de cangrejo.

Cosa rara en un ciego, no iba acompañado de perro ni llevaba colgado al cuello el cuadrito. Su clientela se formaba de las personas caritativas que subían por aquella escalera, y muy singularmente de las que formaban las comitivas de los entierros. De lejos adivinaba la proximidad de un cortejo por la especial cadencia de los pasos que se percibían detrás del coche fúnebre. Entonces se levantaba y, quitándose al mismo tiempo el sombrero, se persignaba con mucha devoción. Casi siempre algún caballero enlutado se separaba un tanto de la comitiva y echaba un sueldo en el platillo.

Dábale el ciego las gracias, y después del acostumbrado desfile de la familia y de los carrozuelas, volvía á sentarse.

Como lejos de ser quejumbroso era muy complaciente y agradable, todas las personas que solían pasar por aquel sitio entraban en conversación con él.

—¿Cómo va el negocio esta mañana, Francis?

Y contestaba con la sonrisa en los labios:

—Va bien; mejor que ayer, señor Boissel.

Porque era para él cuestión de amor propio el reconocer las personas sólo por la voz, y llamarles claramente por sus nombres.

Cada día, á las doce, su mujer le llevaba la sopa en una fiambra de estaño perfectamente cerrada por una tapa. Algo entrada en años, sus brazos frescos de lavanda estaban ya marchitos.

Quedábase un rato de pie, con los brazos en jarras y hablando con su marido; cuando ya había terminado la comida, cepillábale detenidamente el paletó, que estaba blanco por el continuo roce con las paredes, y despedíanse como buenos amigos.

Diariamente pasaba dos veces por delante de Francis, al bajar y al subir la escalera cuando iba á pasar la visita en el hospital, y muy á menudo le daba un sueldo. Al cabo de algún tiempo me conocía ya por el ruido de mis pisadas, y cada vez que pasaba me saludaba diciendo:—¡Buenos días, señor doctor!—Pronto fuimos amigos. En verano, á las doce de la mañana, cuando yo subía, con el sombrero en la mano, algo sofocado por el calor, me detenía allí para echar un parrafito. Así conocí su historia. Había trabajado por espacio de treinta años de cerrajero, como ganaba un buen jornal y no tenía hijos, vivía con cierto desahogo y su esposa no se dedicaba á ningún oficio.

Una mañana observó que su vista no era tan clara; rápidamente fué de mal en peor, y al cabo de dos años ya no veía nada absolutamente: la más completa oscuridad reinaba en torno suyo. En este terrible estado no le quedó otro recurso más que comprar un platillo y pedir limosna á los transeúntes, mientras que su mujer, con verdadero valor, se dedicó á las más rudas faenas domésticas en casa de sus parroquianos.

—¡Pobre! ¡cuánto sufrirá con sus manos tan delicadas! decía el ciego exhalando un suspiro.

La necesidad en que veía á su esposa de trabajar parecía ser lo único que apenaba al pobre ciego.

Hablaban de su desgracia con la sonrisa en los labios, contestando á las palabras de consuelo que le dirigían con buen humor, nunca apesadumbrado y triste:

—¡Bah! caballero, no me fastidio tanto como usted cree.

Mientras le hablaba, sin darme cuenta de ello, examinaba con la atención habitual del médico aquellos ojos apagados, en los que se había extinguido la luz hacía muchos años. Uno parecía perdido del todo, pero el otro sólo se veía cubierto por una nube blanquecina que empañaba la natural pureza del iris.

Preguntéle:

—¿Veis con frecuencia algunas moscas?

—¡Oh! sí, señor, contestó; como verdadero enjambre vuelan á mi alrededor.

—¿Habéis consultado á alguien vuestra enfermedad?

—Hace ya cuatro años.

—¿Sabéis qué clase de enfermedad es la vuestra?

—Una catarata.

—Pues si tenéis confianza en mí, puedo devolveros la vista.

Púsose colorado y con cierta sonrisa de inquietud volvió la cabeza hacia mí. Figurárase que yo llevaba en el bolsillo los instrumentos necesarios para empezar la operación acto seguido.

Preguntóme con timidez:

—¿No habrá peligro en la operación?

—¿Qué perdéis en ello? ¿No es completa vuestra ceguera?

Y como no contestara, añadí:

—¡Vamos! supongo que un antiguo cerrajero no va á tener miedo.

—Pues iré á visitarle cuando usted guste.

Al cabo de dos días presentóse el matrimonio á mi casa vestidos con la mejor ropa que tenían; él muy pálido, y su pobre mujer sin poder sostenerse en pie, de modo que tuve que hacerle tomar asiento inmediatamente y respirar algunas sales.

Con el auxilio del oftalmoscopio pude observar que las manchas se hallaban en el cristalino. Sin duda era una catarata lenticular, y como estaba muy desarrollada, pensé extraerla fácilmente por extracción linear.

Hice sentar al ciego de cara á la ventana, por donde penetraba buena luz al través de blancas cortinas. Mi practicante le sostenía fuertemente la cabeza; la pobre mujer nos contemplaba conmovida; sus miradas se dirigían de mis ojos al cistotomo y me interrogaban.

Al colocar el aparato de que me sirvo para dilatar las pupilas, Francis murmuró alguna queja.

—¡Ánimo, amigo mío, lo más doloroso ya está hecho!

El ojo estaba inmóvil, tomé el instrumento y con él operé la punción de la córnea dentro de su circunferencia, y luego con gran presteza, con el auxilio de la sonda, quité los restos del cristalino y la luz inundó la cavidad del ojo operado.

El pobre ciego dió un grito de alegría. A sus pies, y de rodillas, hallábase su mujer sin poder hablar y aproximando hacia él su arrugado rostro.

—¡Bueno! ¡Bueno! Levantaos, le dije yo.

Pero ella continuaba inmóvil con la mirada fija en su esposo, buscando anhelante en el ojo operado é inútil, desde tantos años, la señal de que penetraba en él la luz como le había prometido.

Él se había echado hacia atrás repentinamente como herido por un golpe en el pecho.

La luz inundaba su rostro transfigurado. Por algunos instantes permaneció silencioso y con la boca entreabierta. Lentamente inclinó su cara, mientras con las manos buscaba la de su mujer para bendecirla; pero en cuanto dió con los cabellos grises hizo un gesto de desagradable sorpresa, su rostro se cambió por completo, dos lágrimas regaron suavemente sus mejillas, y murmuró entre dientes con voz entrecortada:

—¡Ah! ¡esposa mía! ¡cómo has envejecido!

HUGO LE ROUX.

La perra de Julianita

VAYA que es fatalidad!
Vaya que es fuerte desgracia,
que no he de tener amores
que venturosos me salgan!
El diablo me tienta siempre...
ó no sé si es diablo ó diabla,
ó soy acaso yo mismo
quién se tienta y quién se palpa.
Ello es que nunca me inspira
tentaciones ordinarias:
mis amores, raros siempre;
mis queridas siempre raras.
No hablo ya de los antiguos,
de las épocas lejanas,
allá, cuando no tenía
bigote, patilla y canas.
Hablo de los más recientes:
contaré lo que hoy me pasa
con una linda viudita
más verde que una retama.
Si alguno quiere al objeto
de mis amorosas ansias
reconocer por más señas
daré sus señas marcadas.
Estatura regular,
algo más alta que baja,
que yo propendo en amores
siempre al «*Tendimos ad alta.*»
Ojos que me representan
dos opiniones contrarias:
liberales por lo negros
y facciosos porque matan.
Nariz progresista neta,
que cuando nadie pensaba
en pronunciarse en Septiembre,
estaba ya pronunciada.
Color, que si Adán lo viera,
de nuevo resucitara
el pecado original
creyendo que era manzana.
De la barba sólo digo
que Julianita, mi amada,
ni tiene pelo de tonta,
ni tiene pelo de barba.
Las señas particulares...
pudiera dar las del alma;
las del cuerpo nunca quiso
que en el pasaporte entraran.
Una pasión la domina,
pero no pasión humana,
que su pasión dominante
son los perritos de faldas.
Tres tiene como tres perlas:
un doguito, otro de lanas,
y el imán de sus cariños
una perrita africana,
participio de las perras,
abreviatura con patas,
miniatura con hocico
y apéndice de su falda.
Pero origen de discordias,
pero principio de alarmas,
pero angustia de doncellas
y tormento de criadas.
Que la perrita no come,
que la perrita no ladra,
que la perrita está triste,
que la perrita está mala,
que no me la habéis peinado,
que no la hicisteis la cama,
que no la disteis bizcocho
con la leche esta mañana.
Y hace cargos, é interpela,
y disputa, y riñe, y rabia,
y anda la paz por el coro,

y la guerra por la casa.
 Mas todo me diera un bledo,
 todo un pito me importara,
 con tal que no trascendiese
 á mi amor la gresca y zambra.
 Pero es lo serio del cuento
 que, cuando voy á su casa,
 pienso echar el día á amores
 y echo á perros la mañana.
 Pinto á Julianita mis cuitas,
 le empiezo á exponer mis ansias,
 y cuando estoy en lo fuerte
 de mi amorosa plegaria,
 la campanilla que suena.
Lindoro que la oye y ladra,
Pipí que se despepita,
Clorinda que se desgaña,
 Julianita que me deja
 por correr tras su africana,
 y yo que me quedo haciendo
 un papel como una estatua.
 Y vuelve con ella en brazos
 y le dice: « ¿Por qué ladras,
 picaruela? ¿no te he dicho
 que no ladres cuando llaman? »
 « Toma, » y le da por castigo
 una palmadita blanda
 y luego le hace caricias
 y le da un beso en la cara,
 y á mí me da .. ¿qué ha de darme?
 y á mí me da cien.. palabras
 de obsequiar me con un perro
 cuando su Clorinda para.
 —Y ¿usted no ha visto, me dice,
 la comedia titulada:
Los perros de San Bernardo?
 —Sí, señora: es muy buen drama.
 —¿Y el *perro del Pirineo*?
 —También, señora, me agrada.
 —¿Y del *Perro de Montargis*,
 qué me dice usted? —No es mala;
 pero usted se ha trascordado
 sin duda, bella Julianita,
 que yo le hablaba de amores
 y mis penas le contaba.
 —No, señor, sino que siempre
 á este diablo le da gana
 de cortar en lo más crítico
 la conversación más grata.
 Vaya, ¡si es lo más travieso! ..
 Mire usted: ¡esta mañana
 antes de las once y media
 subió trepando á mi cama!
 Y lamiéndome en el cuello,
 y acercándose á mi cara,
 y haciendo gestos y cosas
 como una persona humana...
 ni á Lindoro, ni á Pipí
 á nadie subir dejaba,
 ¡porque es lo más envidioso! ...
 —Señora, ¿y quién no envidiara?
 ¡si en el caso de Clorinda!... —
 ¡Perro de mí! Soy un mandria;
 ¡tener celos de una perra
 y envidia de una alimaña!
 Mas concluye la visita,
 porque acaba la mañana,
 y me salgo dado á perros
 y dando al diablo á Julianita.
 Pero una sublime idea
 me ocurre al llegar á casa;
 compro, pues, un collarcito
 con cinta de raso blanca
 y me voy al día siguiente
 lleno de amor y esperanzas,
 —A los pies de usted, querida:
 ¿cómo está usted? —Buena, gracias.
 —¿Y Clorindita? —Malucha;
 hoy no ha comido tostada
 con el café.— ¡Pobrecita!

sentiría incomodarla.
 Mas ayer precisamente
 me ha llegado por la Mala
 este collarcito verde,
 el cual, si usted se dignara
 aceptar para Clorinda,
 y que su linda africana
 le llevara cuando usted
 con ella al Retiro vaya...
 —¿No es de París? —No, señora,
 pero vino de Alemania,
 y la cinta es virginal
 como tiene usted el alma.
 —¿Ha visto usted el que trae
 la condesa de la *Palma*
 para su perra danesa?
 —Ha visto usted el que gasta
 la Pilarcita *Olmo verde*
 para su perrita de aguas?
 —O el que lleva para el suyo
 Rosario Santa Clara,
 pues todos tres son azules
 con cinta color de caña.
 —¿Y no me diréis, señora,
 dónde esos collares se hallan?
 —Sí, todos son de París
 y del almacén que llaman
des petits-colliers de chiens,
rue Saint-Denys, tienda cuarta.
 —Pues bien, querida, es muy fácil
 el remediar esa falta.—
 Y héteme que me despido
 y me voy corriendo á casa.
 Y tomo papel y pluma,
 y escribo al vuelo esa carta
 á un amigo de París
 versado en la diplomacia:
 « Mi amigo: Se hace preciso,
 y así lo exige la patria,
 y el bien público lo pide,
 y así mi honor lo reclama,
 se tome usted la molestia
 de pasar presto y sin falta
 á la calle de Saint-Denys,
 número 2, tienda cuarta,
 almacén de collarcitos
 para perritos de falda,
 y tome usted uno azul
 con cinta color de caña.
 El mejor y de más precio,
 al instante por la Mala,
 mande usted.—Suyo siempre
 atento amigo.—*Postdata*.
 Advierto que me va en ello
 el cariño de una dama.
 No digo más; usted mande
 con recíproca confianza.»
 Mientras el collar venía,
 las visitas continuaban,
 y como papel de deuda,
 que en la Bolsa sube y baja,
 así sufría igualmente
 mi amor sus altas y bajas;
 pero al cabo un diez por ciento
 vine á ganar en la plaza.
 Llega en esto el collarcito,
 se le presenta, le agrada,
 se le pone á su Clorinda,
 que con él está que encanta:
 —Amigo, es usted muy fino,
 le estoy á usted obligada,
 mas no esperaba yo menos
 del sujeto á quien amaba
 —¿Me amaba usted, Julianita?
 —Merezco ventura tanta?
 Y mi mano con su mano
 naturalmente se enlazan.
 Y luego, que entrando fuimos
 en diálogos de confianza,
 fui á cogerle una pulga

que tenía en la garganta,
y se me encrespa Clorinda
y me da una dentellada
en el dígito derecho
que del corazón le llaman.
—¡Maldita sea Clorinda!
exclamé lleno de rabia.
—¿Cómo que maldita sea?
¡Maldecir á mi africana!
¡Maldecir á mi perrita
en lugar de acariciarla!
—Hija mía, si usted cree
que lo merece la gracia...
—Caballero, á mí Clorinda
se la mimá, haga lo que haga,
la educación lo aconseja
y es un deber en quien ama,
que quien amor y cariño
á una joven le consagra
con todas sus consecuencias
se entiende que arrostra y carga.
—Sí; mas si las consecuencias
son consecuencias que ladran,
son consecuencias que muerden,
y consecuencias que clavan,
niego yo la consecuencia,
señora.—Pues acabada
cuente usted la relación.
—Muy bien, señora, y mil gracias;
pero diré en todas partes
»que esto ha sido una perrada.»
Y sin hablar más ni menos,
tomo el sombrero y la caña,
y á la puerta me dirijo,
y tras de mí se abalanzan
Pipi, Clorinda y Lindoro
tres enemigos del alma.
Y me escapo entre ladridos
sin saber á quién culpara,
si á la perra de Clorinda,
ó á la perra de Juliana.
Si ustedes por acaso un día,
á Julianita encontraran
con dos perros y una perra
con cinta color de caña,
de mis amores la historia
ven ustedes compendiada
con su exordio y su progreso,
su fin, y sus circunstancias.
Y librenos Dios de amores
que por consecuencias traigan
un *Lindoro* y un *Pipi*
y una *perrita africana*.

FRAY GERUNDIO (1).

(1) Don Modesto Lafuente (*Fray Gerundio*) nació el día 1.º de Mayo de 1806 en el lugar de Ravanal de los Caballeros. Educóse en Cervera de Pisuegra y completó de una manera brillante sus estudios en el seminario conciliar de León, en el cual se dedicó á la enseñanza, que en 1837 abandonó, siendo nombrado oficial primero del gobierno político de aquella ciudad. Por este tiempo redactó bajo el título de *Fray Gerundio* un periódico festivo, crítico y satírico que gozó de cierta popularidad. Por motivos de salud no pudo aceptar el empleo que se le ofreció. Este contratiempo redundó sin duda en bien de la literatura y de las letras, porque habiendo venido á Madrid á reponerse, reanudó sus interrumpidas tareas periodísticas, dando de nuevo á luz su predilecto *Fray Gerundio*.

Lafuente es más conocido como prosista que como poeta. En sus composiciones poéticas se distingue más bien por la agudeza de los conceptos que por la belleza de la forma literaria.

Con gran laboriosidad llevó á feliz término su *Historia general de España*, cuyo discurso preliminar es un monumento literario de primer orden.

Murió cristiana y devotamente el día 25 de Octubre de 1866.

Una señorita china graduada

NOVELA TRADUCIDA DEL CHINO AL INGLÉS

POR

EL PROFESOR DOUGLAS

CAPITULO I

(CONTINUACIÓN)

E GLANTINA se ruborizó hasta el blanco de los ojos, pareciéndole que Tu había adivinado sus más recónditos pensamientos, mientras que Wei exclamaba:
—¡Qué locura! Holgárame de saber por qué habías de ser tú el preferido si el Joven Noble no perteneciese á nuestro sexo.

—Basta de tonterías, dijo Eglantina, que ya había tenido tiempo para serenarse. Me estáis recordando á unos tíos muy viejos que yo tengo, que no habiendo logrado sucesión se pasan la vida peleándose, á propósito de los nombres que habrían puesto á sus hijos si la diosa Kwan-yin se los hubiese otorgado há medio siglo. La realidad es que somos tres amigos dedicados al estudio para alcanzar el título de maestro en artes. Basta, pues, de divagaciones y veamos de aprovechar el tiempo. Vamos á ver, dijo volviéndose á Tu, cómo te defiendes. Voy á ponerte en un aprieto pidiéndote que me expliques qué quiso decir el poeta con las palabras: «El melodioso Tung,» en aquel verso:

«Una llama voraz consume al melodioso Tung (1).»

Tu improvisó una erudita disertación sobre el célebre músico y sobre las sonoras cualidades de una pieza de Tung, haciendo alusión á la leña que chisporroteaba en el hornillo de la cocina, con lo cual se desvió la conversación del sesgo inconveniente que había tomado. Poco después despidióse Eglantina de sus compañeros.

Preocupado el entendimiento con el recuerdo de esta escena, paseábáse por el pabellón donde solía ejercitarse á tirar el arco, cuando asomándose á un terradito y alzando instintivamente los ojos al cielo vió pasar un halcón que fué á posarse en un árbol allende el muro.

Coger el arco y una flecha, dispararle y matar el halcón fué todo uno. Al verle caer, recordó de pronto que la flecha llevaba grabado su nombre, y temiendo que la casualidad la hiciese caer en manos de Wei ó de Tu, salió precipitadamente para recobrarla. Ya era tarde. Tu había llegado antes que ella y estaba examinando el ave y la flecha que tenía clavada en el pecho.

—Mira, dijo al ver á Eglantina, no es zurdo el cazador. ¡Hola! exclamó luego, en la flecha hay grabados unos versos. A ver cómo dicen: «No disparéis de ligero la flecha; pero, si es preciso, derribad á vuestro enemigo.»

Eglantina se alegró de que no hubiese descubierto su nombre y rióse con él de la sentencia. En esto llegó Wei, que había oído su conversación y sus risotadas, y cogió á su vez la flecha. Mientras la estaba examinando, fué un mensajero á llamar á Tu de orden de su padre, y no bien hubo vuelto el joven las espaldas, cuando Wei exclamó maravillado:

—¡Qué veo! Ahí está grabado el nombre del misterioso cazador, ó cazadora, pues por lo visto es una mujer. Se

(1) En inglés hay aquí un retruécano. *Tung*, como *Tongie*, significa lengua, palabra ó discurso. (N. del T.)

llama Eglantina. ¿Quién será esa muchacha tan poéticamente denominada?

—Dame la flecha, dijo Eglantina. Pertenece á mi hermana.

—No sabía que la tuvieses, replicó Wei.

—¡Vaya si la tengo! respondió Eglantina echando en olvido la célebre máxima de Confucio: Sé veraz. Tiene un año menos que yo.



Coger el arco y una flecha, dispararla y matar al halcón, fué todo uno

—¿Por qué no hablaste nunca de ella? preguntó Wei.
—¿Qué tal es? ¿Se te parece?

—Es mi verdadera imagen.

—¡Cómo! ¿En estatura, fisonomía y maneras?

—Tan igual, que todo el mundo dice que si cambiásemos de traje nos tomarían el uno por el otro.

—¡Qué hermosa debe ser! Hablando en serio, ya sabes, amigo mío, que hasta el presente no he pensado en establecerme y crear una familia; pero si tu hermana no ha prometido su mano, te ruego que se la pidas en mi nombre. ¿Qué dices á esto?

—No me es dable adivinar la contestación de mi hermana, respondió Eglantina. No respondería por una niña aunque viviese tantos años como el dios de la longevidad.

—¿Quieres averiguarlo por mí?

—Con mucho gusto: á condición de que no se ha de hablar una palabra de ello á nadie, ni siquiera á mi padre, hasta que yo lo diga.

—Mientras mi hermano mayor quiera trabajar en favor mío, estoy pronto á prometerlo todo, respondió Wei transportado de gozo. Me parece que he hecho las nueve décimas partes del camino para llegar á la morada del ave Fénix. Toma este bote de pomada para tu hermana, como mensajero de mis intenciones, y yo guardaré la flecha como un regalo suyo, si ella no me pide su restitución. Tentaciones me dan de dedicarle unos versos. ¿Lo hago?

—¿Por qué no? dijo riendo Eglantina, peores atrocidades se cometan.

Entonces Wei hizo la siguiente improvisación:

—Contaban los antiguos que Lofu no tenía mujer, á pesar de que gustosa le había otorgado Che su mano. Y era que no se habían comunicado sus pensamientos. Por último, una flecha hizo las veces de heraldo, como ahora un buen hermano ofreciendo su ayuda.

—¡Magnífico! exclamó riendo Eglantina, al oír estos conceptos que su amigo había vertido en verso; tu poético ingenio te hace merecedor de mejor suerte que Lofu.

Desde aquel día no se apartó ni un momento del espíritu de Wei la idea de casarse con la hermana de Eglantina. No dijo una palabra de ello á Tu, considerando que como éste había sido el primero en encontrar la flecha por la cual se averiguó la existencia de la hermana de Eglantina, podía preverse de esa circunstancia para reclamar el derecho de prelación á la mano de la doncella.

A Eglantina la traía este asunto muy preocupada. Comprendía que se había metido en un terreno muy delicado y que, si las circunstancias la obligaban á dar explicaciones, no tendría más remedio que conceder su mano á Wei, perspectiva que le hacía muy poca gracia. Aquel episodio la llevó á analizar sus sentimientos, haciéndole comprender en un instante la profundidad de su afecto á Tu, la que no había medido aún desde que le conocía y trataba.

—Un caballo, decía, no puede llevar dos sillas, ni una mujer casarse con dos hombres.

Esta reflexión era muy sabia, mas no le abrió camino para salir del apuro; viéndose, por consiguiente, preciada á fiar en el acaso, dejando que el tiempo se encargase de sacarla de tan arduo compromiso. Lo malo era que Wei se impacientaba, lo cual obligó á Eglantina á entretenérle con embustes, continuando por el mal camino que había tomado, tiranizada por las circunstancias, aquella niña generalmente veraz y sincera.

—He hablado á mi padre del asunto, le dijo, y me ha declarado que no quiere tratar de ello hasta que te hayas examinado en otoño. Él confía que en aquella época obtendrás el título de Maestro en Artes, y que ese matrimonio será como el complemento y remate de tu dicha y de tu gloria.

—Está muy bien, respondió Wei; por desgracia el otoño está muy lejos todavía y nadie me asegura que durante ese tiempo haya de perseverar en sus propósitos.

—¿Por ventura no te he prometido velar por tus intereses? ¿No tienes confianza en mí?

—Sí que la tengo. De quien dudo yo es de tu hermana,



¡BONITOS FRUTOS!

CUADRO DE G. BELLEI



EN EL PINAR

CUADRO DE M. NONNENBRUCH

replicó Wei. Sin embargo, desde el momento que tú respondes...

—No, no, exclamó riendo Eglantina; yo no respondo de nada; el hombre que empeña su palabra por una mujer, es loco de atar.

—Corriente, dijo Wei, como quiera que sea, doyme por muy contento de haber alcanzado tu ayuda.

Llegó el otoño y con él la fecha señalada para los exámenes, debiendo Tu y Wei hacer entonces sus preparativos para dirigirse á la capital de la provincia. Ambos tuvieron un gran pesar cuando Eglantina les participó que no podía acompañarles.

Esta resolución la había tomado de resultas de una conferencia celebrada con su padre. Eglantina había hecho presente al coronel que si alcanzaba el diploma podía verse en el compromiso de ejercer la carrera, en cuyo caso no tendría más remedio que confesar su sexo, y como ella no quería de ninguna manera renunciar á la libertad que le proporcionaba su varonil disfraz, acordaron que pretextaría una indisposición para excusarse de emprender el viaje. Así, pues, sus dos amigos partieron sin ella, sufriendo los exámenes con gran brillantez y volviendo á Mienchu cargados de laureles.

Eglantina fué la que más se alegró de ello entre todos sus condiscípulos, sobre todo por el triunfo que Tu había alcanzado. La primera velada la pasaron los tres estudiantes conversando alegremente y trazando planes para lo venidero.

Al despedirse Eglantina de sus compañeros, Wei la siguió hasta la puerta, y antes de separarse, le dijo:

—Mañana iré á pedir formalmente la mano de tu hermana.

Eglantina no tuvo tiempo para responder á estas palabras y llegó á su casa muy turbada y triste, bien ajena de sospechar que allí la esperaba una trágica sorpresa.

Un hado cruel había ordenado que la petición de Wei debía quedar suspendida como Budha entre el cielo y la tierra. La noticia que desbarató sus planes cayó sobre él como una bomba cuando ya se estaba vistiendo el traje de su nuevo grado para hacer la anunciada visita. Cefíase el cinturón cuando Eglantina penetró en el despacho más muerta que viva, pálida, turbada y con los ojos extrañados.

—¿Qué pasa? preguntó Tu no menos conmovido que Eglantina.

—¡Mi padre! ¡Mi pobre padre! exclamó la muchacha.

—¿Qué le ha sucedido? ¿Ha muerto, por ventura?

—No, pero ha caído sobre él una gran desgracia. Ya sabéis que no ha mucho tiempo tuvo un disgusto con el

intendente militar. Este malvado ha tenido la avilantez de vengarse de mi padre inculpándole calumniosamente de tal manera que esta mañana han venido á prenderle.

Esta desgracia y la vergüenza de semejante suceso tenían á Eglantina tan afligida, que recobrando sobre ella el sexo natural todo su imperio, agitábase como una poseída, derramando un torrente de lágrimas.

Tu y Wei hacían esfuerzos sobrehumanos para tranquilizarla. Con una ligereza excusable por razón de las circunstancias, juráronle que, á su juicio, su padre era inocente, y á pesar de que ignoraban hasta la naturaleza de los cargos que se le hacían, comprometieronse á remover cielo y tierra no parando hasta conseguir su libertad. Cuando, consolada ya algún tanto por tales muestras de simpatía, Eglantina parecía haber recobrado en parte la calma, Tu le preguntó cuáles eran las acusaciones formuladas contra su padre.

—El gran canalla, respondió Eglantina sollozando, se ha atrevido á decir que mi padre había distraído fondos del gobierno, que se hacia dar primas en pago de las credenciales que firmaba y que, no contento con esto, especulaba con la paga de los soldados y hasta tenía tratos con los bandoleros.

—Cómo! exclamó Tu horrorizado de oír este largo catálogo de crímenes. Jamás hubiera creído que nadie pudiese atreverse á inculpar á una persona tan respetable



Los tres estudiantes pasaron la velada conversando alegremente

como tu padre de tan horrendas acciones. Voy á decirte lo que podemos hacer desde luego. Wei y yo, como maestros en artes, tenemos el derecho de dirigirnos al prefecto, y será para nosotros un gran gusto el estrenarnos en el ejercicio de nuestra carrera en un acto que te interesa. Le pediremos que abra inmediatamente una información para aclarar los hechos, y de seguro que no se negará á hacerlo, con lo cual muy pronto se dará la orden de sobreseer en esos procedimientos.

Por desgracia, las esperanzas de Tu no se realizaron. El prefecto era una excelente persona, pero respondió que desde el momento que un tribunal superior había ordenado el arresto del coronel, no tenía él facultades para conocer del asunto. Los tres amigos celebraron muchas juntas, en las cuales Eglantina experimentó un gran consuelo, viendo el profundo interés que se tomaban por él sus camaradas. En medio de las contrariedades que la rodeaban, quedábale la esperanza de que cuando ellos fuesen á Pekín para doctorarse podrían trabajar útilmente en favor de su padre.

—No te aflijas, le decía Wei con aquel aire pedantesco que le caracterizaba, tenemos grabado ese asunto en la mente y en el corazón, y tan pronto como nos hayamos

graduado hemos de emplear todas nuestras fuerzas en remediar esa injusticia de que ha sido víctima tu padre.

—Por desgracia, dijo Tu, que era hombre práctico, vese á la legua que se ha formado una liga para perderle. Dejemos á nuestro hermano acopiar tranquilamente todas las pruebas y testimonios de descargo que pueda reunir en la comarca, mientras nosotros nos dedicamos por nuestra parte á ayudarle sin omitir trabajo ni diligencia de ninguna clase para conseguir la absolución del coronel.

Antes de la partida, Wei, que siempre pensaba ante todo en sus propios intereses, aprovechó la primera ocasión para decirle á Eglantina:

—Te ruego que no olvides la promesa de tu hermana. Sea cual fuere el resultado de nuestras gestiones, á mi regreso iré á pedir su mano.

—En estos momentos no hay que pensar en ello, respondió Eglantina, extrañando que tan inoportunamente le hablase del asunto.

Había sonado la hora de la partida y no podía prolongarse el diálogo. Con los ojos arrasados de lágrimas despidiéronse los dos amigos de Eglantina, la cual, viendo desaparecer el carro, sintió la honda tristeza de la soledad en el infierno. Porque la pobre chica no podía esperar ninguna ayuda de su madrastra. La infeliz estaba tan consternada, que no era capaz de darle auxilio ni consejo: no hacía más que llorar y desesperarse sin tregua ni medida.

Por fortuna los funcionarios encargados de instruir el proceso no se mostraron rigurosos, y gracias á esto y á un juicioso empleo del dinero, Eglantina consiguió que la prisión de su madre fuese lo menos penosa posible. Permitiéronle visitarla con frecuencia, y en una ocasión en que gozaba de su compañía como no lo había hecho ni esperado nunca en más prósperos tiempos, dijo el coronel:

—Desde que no se prosiguen las actuaciones, pienso que lo mejor sería dirigir un memorial á Pekín pidiendo mi absolución al ministro de la Guerra. La dificultad estriba en encontrar una persona de confianza para presentarlo.

—Dejadme ir á mí, dijo Eglantina. Cuando Tu y Wei se despidieron empeñábanse en que partiese con ellos, á fin de que tratásemos el asunto y diésemos los pasos convenientes de común acuerdo. Estando con ellos, nada tendría que temer.

—Te creo tan capaz de hacerlo como otro cualquiera, respondió su padre; pero Pekín está muy lejos y yo me guardaré muy bien de permitir que te expongas á los peligros de un viaje tan largo.

—Desde que el mundo es mundo, respondió Eglantina, se ha considerado como un deber de las hijas arriesgarlo todo en bien de sus padres. Sé que la distancia es larga; mas no han de faltarme armas para defenderme en caso de necesidad, ni bastante claridad de juicio para responder á cualquier interrogatorio. Además, que yo no iré sola, pues me haré acompañar por nuestro asistente el Dragón y su esposa, á la cual haré vestir de hombre. ¡Será gracioso ver á la majestuosa señora Dragón con pantalón y gabardina! Seremos tres hombres en apariencia, habiendo en realidad uno capaz de proteger á las dos mujeres disfrazadas, y yo tendré una compañera á propósito para vigilarme y aconsejarme. Si de este modo no podemos ir de aquí á Pekín sin riesgo, consiento en quitarme las botas y los pantalones y en ser encerrada en el harén para siempre.

—Bueno, respondió riendo su padre; si puedes arre-

garlo de ese modo, partid sin dilación, pues cuanto más pronto os vayáis, menos tardaréis en estar de vuelta.

Llena de júbilo Eglantina al ver aprobado su proyecto, hizo inmediatamente los preparativos para la marcha. Subió de punto su alegría cuando momentos antes de partir recibió la noticia de que Tu y Wei habían recibido sus títulos después de hacer brillantemente sus ejercicios. Corrió á la cárcel, pareciéndole que todas las dificultades se habían desvanecido como la niebla herida por los rayos del sol, desde el momento que se había aumentado con aquellos dos nombres la lista oficial de los abogados, y exclamó al ver á su padre:

—Tu y Wei ya están graduados. Nuestra aflicción toca á su término.

Traducción del inglés por

J. COROLEU.

(Continuará).

NUESTROS GRABADOS

La hilandera «La filadora»

CUADRO DE ANTONIO DE FERRER Y CORRIOL

Tiene esta pintura fisonomía catalana, y á la primera vista se descubre que el autor ha pasado largo tiempo en las comarcas del Principado que conservan más todavía el aire antiguo. La anciana que está hilando en el torno es de aquellas que se encuentran en la parte alta de Vich, sobre todo en aldeas que se han hallado más apartadas del movimiento moderno y, que por lo tanto, han resistido más la invasión de las costumbres y de los trajes cosmopolitas. El blanco pañuelo que cubre su cabeza constituye un tocado serio y hasta gracioso para las jóvenes como para las viejas, y rodea bellamente del mismo modo un rostro surcado de arrugas, como el de la anciana en el cuadro de Ferrer y Corriol, que la cara retozona de una moza de pocos abriles. El fondo del lienzo acusa también que el asunto ha sido sacado de Cataluña, puesto que el aparejo del muro de la casa, la ventana de tablas sobre las cuales sus piadosos moradores clavarón la pequeña cruz de palma bendita, el trozo de balcón que se descubre, todo pertenece á alguna de las casas que forman las calles principales de un pueblo en la montaña catalana ó que se ven todavía en barrios apartados del centro en poblaciones de regular vecindario, como Manlleu, Ripoll, Olot, etc. El artista se ha inspirado bien en el asunto, y al desarrollarlo ha sabido imprimir naturalidad á la expresiva actitud de la anciana hilandera y revestir el conjunto de seductora poesía, probando que ésta puede encontrarse hasta en los temas más sencillos y más expuestos á las vulgaridades del naturalismo.

¡Bonitos frutos!

CUADRO DE G. BELLEI

Por entre cañas y enredaderas asoman cuatro animadas cabezas juveniles en el cuadro del artista italiano G. Bellei, que reproducimos en este número. Los cuatro rostros tienen expresión vivísima, retozona, algo de burla, porque sin duda las lindas muchachas se están preparando para jugarle á alguien alguna mala pasada. ¡Bonitos frutos! titula á su obra el pintor Bellei, porque lo parecen aquellas caras en medio de la vegetación. El tema es ingenioso y ofrece cierta novedad; el autor lo ha tratado con elegancia en la agrupación, que presenta mucha espontaneidad; con buen gusto en la combinación de los tallos de las plantas y de las hojas, ya que junto con la suerte de confusión que se nota en una enredadera, se ve un hábil partido de masas que encuadran bien los bustos de las garridas jóvenes pintadas en el cuadro. Que es diestro dibujante, además, G. Bellei lo prueban todas las testas del cuadro, y de un modo especial la que tras de una hoja de palma se ríe de mejor gana que sus compañeras.

En el pinar

CUADRO DE M. NONNENBRUCH

Bello asunto y bello cuadro el del artista de Munich M. Nonnenbruch que lleva el título *En el pinar*. Respira arte y respira poesía en todos sus detalles. ¡Qué sentimiento de delicada melancolía se advierte en la

figura de la hermosa joven! ¡Cómo parece adivinarse en su fina cabeza, en sus ojos una aspiración ideal, que en parte habrá despertado la contemplación de la naturaleza! ¡Qué grandiosidad presenta el bosque de pinos, de la especie peculiar de las regiones septentrionales, motivo difícil de ser tratado, porque aquella multitud de árboles, de rectos troncos todos ellos, podía originar ó confusión ó monotonía, defectos que el artista ha evitado con singular talento! Nonnenbruch pinta con idéntico acierto la figura y el paisaje. La joven que hay en este cuadro, que de fijo verán con gusto nuestros lectores, se halla dibujada con pincel seguro, y de que entiende mucho el autor cuanto toca al paisaje da cabal idea todo el fondo del pinar y los árboles mismos del primer término. Pero, como antes hemos indicado, estas cualidades de desempeño, con ser superiores, se quedan por debajo de la idealidad que domina en este lienzo, del exquisito sentimiento de melancolía que en él se advierte, y por fin, de la alianza afortunadísima de la verdad real, pues ésta existe en todas las partes de la pintura, con algo más elevado que dimana de la mente del hombre, don envidiable que Dios concede á los que tienen alma verdadera de artista. Artista y poeta es, sin disputa, quien ha pintado *En el pinar*.

Mesa revuelta

Globo aerostático es el que, lleno de un fluido más ligero que el aire, se eleva en la atmósfera. La persona que se eleva valiéndose del globo, se llama *aeronauta*. El principio en que se funda dicha ascensión es el mismo en virtud del cual un cuerpo menos denso que el agua, sumergido en ésta, sube á la superficie: es el principio de que un sólido sumergido en un fluido es impelido hacia arriba, con una fuerza igual al peso del fluido que desaloja.

Los globos aerostáticos fueron inventados por los hermanos Montgolfier, que hicieron su primer experimento en Annonay el 5 de Junio de 1783, y lo repitieron en Versalles en 20 de Septiembre del mismo año. Su globo, que se llamó *montgolfier*, estaba formado de papel forrado de tela y contenía aire dilatado por el calor, lo cual se obtenía haciendo un fuego de paja debajo del orificio practicado en la parte inferior del globo.

Pilâtre de Rozier y el marqués de Arlandes fueron los primeros que, en Octubre del mismo 1783 se atrevieron á elevarse en una barquilla suspendida de un *montgolfier*: para evitar que el aire del interior del globo se enfriara y perdiera, por tanto, su dilatación y propiedad sustentadora, conservaron siempre encendido fuego de paja debajo del globo. Este procedimiento, como se comprende, había de ser muy peligroso para los aeronautas. Por eso más tarde se sustituyó el aire caliente por gas hidrógeno que, á la temperatura ordinaria, pesa quince veces menos que el aire; y hoy se emplea con preferencia el gas del alumbrado. La tela es de tafetán de buena clase, engomado. Una red que abarca todo el globo tiene atada y suspendida en su parte inferior la barquilla donde va el aeronauta.

Como á medida que se va subiendo en las capas atmosféricas, el aire va subiendo más entarecido, llega el globo á un punto en que, equilibrado el aire exterior con el gas del interior del globo, éste no sube más.

Los globos aerostáticos no se llenan de gas más que en unas tres cuartas partes de su capacidad, pues si quedaran completamente hinchados, al llegar á cierta altura reventarían por tendencia del gas á equilibrarse con el aire.

El aeronauta lleva una provisión de lastre, porque así, cuando el globo no tiene más fuerza para subir, tira más ó menos lastre, y el globo entonces, descargado, sube proporcionalmente. Para bajar, abre, tirando de una cuerda, una válvula que hay en la parte superior del

globo, por la cual deja escapar parte del gas interior. También va provisto de un paracaídas que atenúa parte de los peligros de la navegación aérea.

Hasta el presente los globos aerostáticos no han servido de gran cosa más que de diversión y de espectáculo, aparte de algunas atrevidas aplicaciones en casos de sitio de una plaza, y otros de género militar; pero se estudia incansablemente el problema de su dirección.

Gay-Lussac, el célebre físico, es quien se ha elevado á mayor altura en globo, pues llegó hasta unos 7,000 metros.

* * *

El pescado se corrompe muy fácilmente, en particular durante los rigores del verano.

Para lograr que se conserve en buen estado existen varios procedimientos.

Se puede evitar, por espacio de mucho tiempo, la fermentación pútrida del pescado metiéndole en hielo; pero hay un medio más económico que consiste en el empleo del carbón en polvo grueso. Después de vaciar y limpiar con cuidado el pescado, llénesele de carbón y colóquese sobre una espesa capa de esta sustancia, con la que se le cubrirá luego completamente. Las propiedades antisépticas del carbón son tan extraordinarias, que puede, sin dificultad, devolver la lozanía primitiva al pescado que esté ya próximo á fermentar; basta para ello echar un poco de carbón vegetal en polvo en el agua en que se ha de hervir. Si se teme que el polvo de carbón mezclado con el agua no se podrá separar fácilmente, métasele en un saquito de tela. Este procedimiento es de éxito seguro, sobre todo si se trata de la raya, la cual recobra el buen color y buen aspecto inmediatamente.

También se puede conservar el pescado durante el verano, por espacio de veinticuatro horas, sumergiéndole en agua salada hirviendo y conservándole en ella después de haber hervido, hasta el momento en que deba utilizarse para la comida. Si se quiere que su conservación se prolongue más de veinticuatro horas se le hace hervir de nuevo, pero generalmente no se debe prolongar su conservación más de dos días. Para esta operación debe emplearse un jarro de tierra vidriado.

Se aconseja también que se lave, ya con una solución débil de ácido acético ó ácido clorhídrico, ó que se le someta á una atmósfera de ácido sulfuroso. Este último procedimiento da muy buenos resultados.

Se le conserva también cubriendolo con azúcar ó miel. Este medio de conservación lo usaban ya los romanos, que transportaban á Roma pescado de países lejanos metido en jarros llenos de miel. Sin embargo, no hay necesidad de envolverle completamente con azúcar, puesto que basta meter en el buche de un salmón de 2 ó 3 kilogramos una cucharada de azúcar rojo ó quebrado para que se conserve en buen estado. Con todo pescado de mar (bacalao, merluza, etc.), puede emplearse este procedimiento; el azúcar ofrece la ventaja de que no comunica ningún sabor desagradable.

Los modos más comúnmente usados para la conservación del pescado son: la desecación, el ahumado, la salazón y la inmersión en aceite de oliva. Gracias á estos procedimientos se hace un gran comercio con los arenques, las sardinas, el bacalao, el atún y las anchoas.

* * *

Existe en la ciudad de Tarragona un teatro de buenas proporciones y de no muy grande capacidad, pero que en 1826 bastaba y sobraba para la escasa concurrencia que á

JUNTO AL POLVORÍN

CUENTO VIVO, POR APELES MESTRES



1.— ¿Que nadie pase fumando? Bueno.



2.— Por ahí llega mi coronel... ¡y viene fumando! ¡Con qué gusto voy á fastidiarle!



3.— ¡Atrás! ¡ese cigarro!



4.— Está bien, muchacho; la consigna ante todo.



5.— Lo que es fumando, por aquí no pasa nadie...



6.— ... que es lo que manda la consigna.

él acudía. La compañía cómica que allí funcionaba, aunque se contentaba con poco, no llegaba á ganar para cubrir las necesidades de sus parcos individuos por lo que resolvió buscar fortuna en otra parte. Súpolo el conde de España, que á la sazón se hallaba de comandante general de aquella ciudad, llamó al autor de la compañía, ó sea su representante, y le preguntó la causa de la resolución que se había tomado. Este hubo de decirle que se marchaban por el poco favor que gozaban del público, lo cual se debía á la escasa afición de los tarraconenses á los espectáculos teatrales. A lo menos así lo decían ellos y lo probaban con su conducta, bien que algunos, no queriendo confesar esta falta de cultura, atribuían su abstención á la inferioridad de los actores. Aconsejóle ó mandóle el conde que suspendieran la marcha, que ensayaran el drama de la *Vida de Santa Tecla*, y que le avisaran cuando estuviera á punto de representarse.

Pasados unos días, el autor, en cumplimiento de lo mandado, presentóse al conde participándole que la *Vida de Santa Tecla* estaba suficientemente ensayada, y la compañía dispuesta á representarla cuando la autoridad lo ordenara. Mandóle el conde que la anunciaran para el día siguiente, con la advertencia de que la entrada en el teatro era libre y gratis. La noche de la representación, el coliseo estaba lleno de bote en bote, y todos, y cada uno de los actores y actrices fueron aplaudidos con entusiasmo, lo cual parecía probar que ni los tarraconenses tenían horror á las representaciones dramáticas ni aquella compañía les parecía tan mala como se había supuesto.

Terminada la función, los espectadores se dirigieron á la puerta de salida, que encontraron cerrada por orden del conde. Le enviaron emisarios para averiguar cuál era la causa de aquella inesperada providencia, y contestóles el comandante general que si bien la entrada al teatro había sido gratis la salida estaba tasada en un duro, y que cuantos desearan ir á dormir á sus casas, debían pagar aquel tributo. Así se hizo, lo que valió á la compañía un ingreso de 500 á 600 duros, que les vinieron muy bien para saldar algunas deudas y mantenerse hasta encontrar más lucrativa ocupación en otro sitio.

Yendo de visita por su diócesis Mons. de la Motte, obispo de Amiens, hubo de hacerse afeitar en un pueblo, cuyo barbero, muy poco diestro, le hizo un corte muy regular en la mejilla. Retirábese el rapabarbas confuso y avergonzado después de haber recibido su paga, cuando apercibiéndose el prelado del corte que le había hecho, llamó otra vez al barbero, y dándole otra peseta le dijo: —Lo que os he dado antes es por la barba, y esta segunda peseta es por la sangría.—El barbero quiso disculparse diciendo que al correr la navaja había encontrado unos barros ó botoncitos.—¡Ya! añadió Mons. de la Motte, y vos habéis querido abrirle un ojal... Basta, hermano, basta: id con Dios.

Para quitar las manchas grasientas del lienzo, un enjabonado caliente, repetido unas cuantas veces, es casi siempre suficiente. El planchado al través de un papel de seda, combinado con el empleo de alcohol rectificado, conviene á las telas de lana delicadas, así como á las de seda. Si la tela tiene matices muy claros ó visos de aguas, se puede usar el siguiente procedimiento: se coloca sobre una mesa de planchar la parte manchada de la tela, se vierte una gota de alcohol sobre la mancha, que se tapa en

seguida con un lienzo fino, y se plancha con un hierro caliente, repasando el lienzo á cada golpe de plancha. La grasa se agarra poco á poco al lienzo, y cuando la impresión de la mancha está medio borrada de la tela, se ponen encima algunas gotas de éter sulfúrico.

El ambicioso se queja de las penas que le causa la ambición, pero quiere sus frutos. Es como una riña con su amada que, en el fondo, no es odio sino amor. Cuando tales hombres gimen bajo el peso del poder que han deseado, cuando hablan de renunciar á bienes de los que no sabrían prescindir, mírese en el fondo de su alma y se verá que cuando tratan de deshacerse de tantos males, ellos mismos buscarán entorpecimientos. Sí, amigo mío, no es la esclavitud la que nos retiene, sino nosotros quienes nos esforzamos en retenerla.—SÉNEGA.

Cada época de la vida tiene sus cosas apropiadas, y no todas las cosas sientan bien á todas las edades, pues lo que en una es atractivo, en otra choca. La niñez agrada por su ligereza, la vejez por su gravedad: un cuerdo término medio entre una y otro son el mejor adorno de la juventud.—MAXIMIANO.

¡Cuántas ventajas no nos ofrece la experiencia, si uno se esfuerza en vencer la pereza y en conseguir con actividad los fines que desea!—GRATO FALISCO.

El exceso es perjudicial en todo, pero sobre todo en la mesa, y lo más cuerdo es de cada cosa quitar lo superfluo.—PLINIO EL VIEJO.

Recreos instructivos

XIII

—¿Y las fotografías?

—Antes de dedicarnos de una manera empírica al arte inmortal que descubrieron Daguerre y Niepce, tengo que presentaros unos juegos ópticos que de seguro van á lograr cierto éxito entre las personas curiosas.

—¿Qué juegos son?

—Hélos aquí: Demuestran un principio físico que todos hemos podido observar, aunque en formas distintas; el principio de la *retención* de nuestra retina; ¿no os parecería rara la afirmación de que nuestros ojos tienen memoria? Pues en cierto modo ello es verdad, pues el humor vítreo que cubre la retina del ojo, conserva, durante un corto espacio de tiempo, la imagen que en ella se ha reflejado; veámoslo prácticamente: aquí hay la silueta de un murciélagos destacada en blanco sobre un fondo negro.

Pues bien: fijen ustedes la vista durante medio minuto en un punto determinado de dicha silueta, en el que simula el ojo, por ejemplo... ¿está? Pues ahora miren al techo en el sitio más iluminado.

—¡Caramba! yo veo el murciélagos negro sobre fondo blanco, ¡qué bien!

—Lo mismo me pasa, Clarita, ¡y es verdad! ¡todavía dura la ilusión!... ahora ya nada veo.

—Pues bien, no me negarán ustedes que la retina del

ojo tiene cierta facultad comparable á la memoria, puesto que conserva una imagen presente cuando ya no puede ver la silueta original.



—Efectivamente, es curioso; ¿y cómo se explica que aparezca blanco lo negro y negro lo blanco?

—Se explica por el ejemplo de un fenómeno parecido al que fija en negativo sobre la placa fotográfica una imagen positiva; lo blanco del papel impresiona más la retina, la hace más sensible, la hiere, por decirlo así, y la vuelve opaca en la mancha impresionada, mientras que lo negro no la hiere, queda neutral, y parece más blanca en la imagen por contraposición.

Vean ahora esta cabeza...



—¡Qué cabeza! eso son manchas informes.

—Pues miren fijamente en el punto negro que simula el labio y luego aparecerá en el techo la cabeza de un pobre diablo bastante flaco.

—Pero que se ve perfectamente...

—También lo veo yo, y detallado; ¡qué feo es el individuo!

—Pues han de saber ustedes que también puede verse con los ojos cerrados, si se fija la vista por más tiempo; esto prueba que la imagen está impresa aunque momentáneamente.

—¿Y con qué luz puede verse, estando los ojos cerrados?

—Con la del fósforo que contiene el sistema ocular; ustedes saben que el fósforo da luz, y habrán observado que de noche, cuando se restregan los ojos, aparecen una infinidad de lucecitas, estrellas blancas y mil formas raras, luminosas todas, y de brillante colorido; ustedes no saben que uno de los medios físicos para averiguar la naturaleza de los cuerpos, consiste en el análisis espectral, ó sea su estudio por los fenómenos ópticos á que dan lugar; esto es, que tal ó cual cuerpo se compone de tales ó cuales elementos según las irisaciones que da cada uno de un modo constante; y así como la nieve, que se pre-

senta uniforme en su aspecto general, se compone de un sinnúmero de cristalizaciones geométricas, vista con el microscopio, también los cuerpos estudiados íntimamente, descomponen la luz, cada uno de distinta manera, y gracias á ese efecto puede deducirse su naturaleza.

—¡Qué hermosa es la ciencia! ¿verdad, don Segundo?

—Sí; es hermosa, Sofía; pero también creo que llega á dar dolor de cabeza al más pintado.

—Dejemos por hoy las ilusiones ópticas, que fatigan la vista, contentándonos con admirar una vez más las maravillas que puso Dios sobre la tierra.

—¿Y la fotografía?

—Otro día será: todavía no he recibido el papel preparado que encargué; todo lo demás está á punto y el sol no podrá negarnos sus rayos para nuestras inocentes operaciones de magia blanca.

JULIÁN.

Solución al losange anterior

C
YO
SENA
ALISIO
POLÍTICA
PALISANDRO
ITALIANÍSIMO
CONSTANTINOPLA
GUARASINKHAR
TABERNEROS
CASIOPEA
CARPIO
MOLE
A

CHARADA

Es guerra fina *una y cuatro*,
aunque *tres dos* sirve en ella
y tiene el bosque por teatro.

Una dos hay en el buque
y en otros sitios también;
sirve al pobre y sirve al duque.

El dos da tono y es rey
entre la gente de orquesta,
que la acatan como ley.

Tres cuatro en Andalucía
hallaréis, y el jugador
hiciere mil en un día.

Dos prima una goma es
y la emplea con gran arte
el mueblista japonés.

Mi todo es grande y rastreiro,
y aunque lleno vale mucho,
poco vale cuando es hueco.

T. A.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos en extremo cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros correspondientes y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello.

Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.^a*, Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

CRISTOBAL COLON

SU VIDA.—SUS VIAJES.—SUS DESCUBRIMIENTOS

POR

D. JOSE MARÍA ASENSIO

ESPLÉNDIDA EDICIÓN ilustrada con magníficas oleografías, copia de famosos cuadros de artistas españoles, tales como: BALACA CANO, JOVEN, MADRAZO, MUÑOZ DEGRAN, OSTREGO, PUEBLA, ROSALES, SOLEN.—Se publica por cuadernos de cuatro entregas de ocho páginas á UN REAL la entrega

GRAN CERERIA



coloros de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos de la Península y Ultramar.

Princess, 40. SALVADÓ Y SALA Barcelona.

Se remiten notas de precios y catálogos ilustrados gratis.

ESPECIALIDAD en cirios, blandones, candelas y todo lo concerniente al ramo de cereería, elaborado con toda perfección, al peso, forma y gusto de cada país, en ceras puras de abejas, para el GULTO CATÓLICO, y con buenas mezclas de varias clases y precios.

BLANQUEO de ceras en gran escala, puras sin mezclas. — CERAS AMARI-LLAS de todas procedencias. Cerecina, parafina, estearina, etc., etc.

FÁBRICA DE BUJÍAS esteá- ricas y transparentes, blancas y en

colores de todas clases y varios precios. Cirios y blandones esteáricos de

todas dimensiones. Casa fundada en 1858. Expendiciones á todos los puntos

Edición monumental

MÉXICO

Á TRAVÉS DE LOS SIGLOS

OBRA ÚNICA EN SU GÉNERO

ESCRITA POR

Chavero (D. Alfredo), Riva Palacio (D. Vicente), Zárate (D. Julio) Arias (D. Juan de Dios), Vigil (D. José María)

ADORNADA CON RIQUÍSIMOS GRABADOS

Esta suntuosa edición consta de cinco tomos ilustrados con riquísimos grabados, cromos, láminas sueltas, y regalo d' una espléndida oleografía de gran tamaño al final de cada tomo. Se reparte por cuadernos al precio de una peseta cada uno, y el coste total de la obra es de 157 pesetas.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de África, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE. — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores e industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio.—Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guardia. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PEÑA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE

HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

MÁQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y Á PLAZOS

— 18 bis, AVIÑÓ, 18 bis. — BARCELONA —